

## LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XVIII EN EL CAMBIO DE DINASTÍA

María Elvira Roca Barea

Discurso de ingreso como Académica de Número, 9 de octubre de 2019

**B**uenas tardes. Quiero y debo comenzar dando las gracias a esta Academia de Ciencias que ha tomado la decisión –ojalá que no sea del todo injustificada–, de incorporarme al número de personas que la componen. Es un gran honor que yo procuraré, en la medida de mis posibilidades, no desmerecer.

En concreto, quiero dar las gracias a D. Fernando Orellana, su presidente, por este acto y el homenaje a mi persona y mi trabajo que realmente espero que no sea prematuro. Tengo también que agradecer a D. Carlos Vara, a D. Siro Villas y a D. Francisco Cabrera que tomaran sobre sí la decisión de llevar adelante esta iniciativa. En cuanto a don Manuel Olmedo, temo que no puedo decir nada que sea adecuado. Lo conozco desde hace tanto tiempo... En realidad, no tanto, pero ha sido una relación realmente intensa y para mí, de muchísimo provecho. Su amistad es una fuente constante de aprendizaje, no solo de conocimiento de la historia sino de honestidad y, como reza su lema, tesón.

El asunto que he propuesto como lección para mi ingreso en esta academia es “La Historiografía del siglo XVIII en el cambio de dinastía” y requiere de una investigación mucho mayor de la que aquí se puede ofrecer. Posiblemente necesita de varios historiadores y varias generaciones. Puede parecer algo muy especializado o quizás demasiado específico, pero voy a intentar explicar que en esa encrucijada del siglo XVIII y muy particularmente de la historiografía española y europea, se hacen, se tejen, algunos nudos que han sido probablemente los que han marcado los carriles por los que ha circulado la historiografía, no solo de España, sino también de Europa. Pondremos algunos ejemplos de nombres destacados y de hechos muy señalados, aunque no tan conocidos como debieran ser, pero, sobre todo, no tan estudiados en lo que a sus consecuencias se

refiere con respecto a la historiografía que se hizo en el siglo XIX, que es, en realidad, la que hemos heredado con poquísimas discrepancias en cuanto al tono y a su temática general hasta el día de hoy. Hay, claro está, variantes en lo tocante a modas historiográficas, pero no así en el ramillete temático. No debe sorprender a nadie que la Historia se escriba en función de determinados temas, dando prioridad a unos y desechando otros. En realidad, la evolución de la ciencia histórica tiene más que ver con sus temas que con sus métodos, pero esto es sujeto de otra investigación.

Vamos pues a la historiografía del siglo XVIII. Estuve hace pocos días en el Archivo de Indias, que es una institución magnífica que custodia un fondo documental verdaderamente excepcional. La decisión de construir ese archivo se debió a una reacción del rey Carlos III, una de esas reacciones muy comunes en líneas generales en la historia de España, pero poco orientadas o mal orientadas hacia su propósito, pero que, por una carambola, dan como resultado algo extraordinario. Este archivo es, como digo, una maravilla. El único del mundo que está declarado patrimonio de la humanidad. Ahora mismo puede verse en él una exposición sobre el quinto centenario de la vuelta al mundo. Ya que no lo celebra el Estado o lo que queda de él, celebrémoslo los demás como vayamos pudiendo. Les recomiendo que vayan a Sevilla a ver esa exposición, es realmente extraordinaria. Allí fui yo hace unos días, y hablando con su director, don Manuel Ravina, me comentaba estas circunstancias por las cuales ese archivo se creó. Fue una decisión que estuvo motivada, como decía al principio, por una reacción. Y esta reacción la provocó la publicación de dos libros, uno de William Robertson, un escocés del que más adelante hablaremos, y otro de un francés, que ha pasado a la historia como el abate Raynal y que es bien conocido. Ambos vivieron aproximadamente en la misma época. Bien, ¿qué fue lo que escribieron

este William Robertson, escocés, y este abate Raynal, francés, para provocar la gigantesca reacción de construir una institución como el Archivo de Indias? Pues vamos a repasar esto brevemente porque sus obras (insisto, no ellos solos, pero ellos de manera muy especial), pusieron los carriles por los que ha circulado una parte grande de la historia de España. Y esto es algo que merece ser conocido porque su visión, o la visión que ellos dibujaron, ha sido la que nosotros hemos tenido de nuestro país y de nuestro pasado, especialmente del periodo Habsburgo, durante muchísimo tiempo.

William Robertson era escocés y vivió entre 1721 y 1793. Era teólogo, pastor protestante, un whig convencido, además de furiosamente anti-jacobita. O sea, férreamente partidario de la dinastía Orange que se instaló en el Reino Unido de la Gran Bretaña, en Inglaterra, en dura pugna con los Estuardo, lo que provocó la larga saga de las guerras jacobitas. Recordemos que en 1688 un golpe de estado que ha pasado a la historia de Inglaterra como la Revolución Gloriosa depuso al rey Estuardo, Jacobo II, que era católico o sospechoso de serlo y puso en el trono a Guillermo de Orange que era protestante y descendiente de Guillermo el Taciturno. Reinó con el nombre de Guillermo III. Los levantamientos jacobitas se sucedieron durante décadas y tuvieron mayor virulencia en Escocia. Por esa razón los escoceses no jacobitas fueron especialmente premiados por la nueva dinastía.

Como era muy partidario de los nuevos reyes, William Robertson acabó siendo promocionado, y se le nombró capellán real de Jorge III, que fue rey desde 1760 hasta 1801. ¿Qué escribió este hombre, que era teólogo, y fue considerado uno de los grandes historiadores de su tiempo? ¿Qué escribió sobre España y su historia en el siglo XVIII este predicador protestante, que fue capellán real y fue considerado historiador real, o sea, el historiador oficialmente designado por la Corona? Aparte de algunas pequeñas obras de circunstancia, poco significativas, lo más granado de la historia escrita por William Robertson se centra en las siguientes obras:

1. Una *Historia de Escocia*, en tres volúmenes.

2. El texto que realmente le dio fama internacional y lo promocionó socialmente, fue una *Historia del reinado del emperador Carlos V*

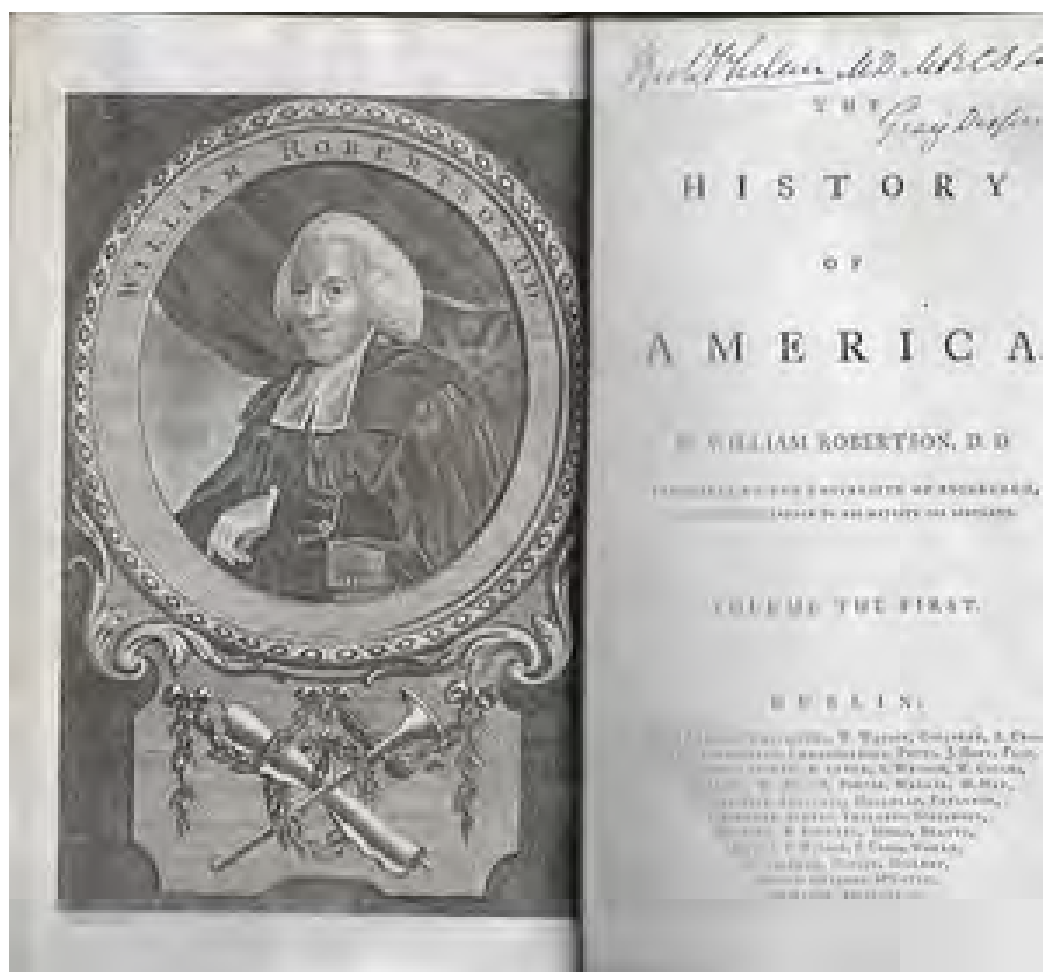
(*History of the reign of the Emperor Charles the Fifth*) en cuatro volúmenes, que vio la luz en Londres en 1769.

3. A esa obra sigue una *Historia de América* (*History of America*), que se editó en Londres en 1773 y tiene tres volúmenes. El último tomo de la obra quedó inconcluso a la muerte de Robertson, pero su hijo asumió la tarea y es el que realmente termina llevándolo a la imprenta. Este último tomo, que es ampliación de los anteriores, de los libros nueve al diez, se publica en Londres en 1796. ¿Qué dice Robertson en esta historia del emperador Carlos V y, sobre todo, en esta historia de América para que el rey Carlos III reaccione tan vigorosamente? Porque lo que realmente hace reaccionar al rey es esa historia de América. Por Carlos V probablemente no se hubiera movido, pero por la historia de América, parece que sí. La historia de Robertson es, digámoslo así, la materialización ilustrada de toda la historia del imperio español de América centrada, única y exclusivamente, en el hecho de la conquista y en fray Bartolomé de Las Casas. Casi como hasta hoy. Y quizás el casi sobre. Voy a leerles un fragmento porque es importante que se entienda el tono y los modos con que Robertson se enfrenta al hecho gigantesco del Imperio español de América, cuáles son sus prejuicios y sus beneficios, cuáles son sus gigantescas ignorancias y cuáles son las consecuencias de esos prejuicios y de esas gigantescas ignorancias. He elegido al azar un fragmento. Leo por la edición y traducción castellana hecha en 1827. Fíjense en los pocos años que hay desde que se publica en inglés y se traduce y edita en español y, por lo tanto, está accesible:

*“Aunque Méjico fue el primero de los dos imperios sometido a la corona de España no conocemos mejor por eso sus leyes y sus usos”. Da razones por las cuales se produce este desconocimiento, en lo que al imperio mexicano se refiere, y explica que Cortés y los aventureros que le acompañaron no tenían tiempo, ocupados como estaban en la rapiña, ni la instrucción necesaria para enriquecer la historia civil y natural con nuevas observaciones. Aquí tenemos ya esa idea comúnmente aceptada, de que los conquistadores españoles eran gente ignorante y carente de toda formación. “Uno exclusivamente era el objeto de sus expediciones, la rapiña y el oro y desatendían absolutamente todo lo demás. Si en algunos cortos intervalos de tranquilidad, cuando la guerra cesaba o se*

amortiguaba el ardor del pillaje, el interés por las costumbres y las instituciones de los pueblos que allí había no llegó nunca más allá". Y sigue: "La oscuridad en que la ignorancia de los conquistadores de Méjico dejó los anales de este país, ha tenido mucho aumento en la superstición de sus sucesores: [...] los primeros misioneros incapaces de entender la significación de estas figuras" (está hablando de los dibujos de los códices aztecas, etc., que él no conoce, insisto) "incapaces de entender la significación de estas figuras y admirados de su singularidad, las miraron como monumentos de idolatría, que era necesario destruir para facilitar la conversión [...]. Este celo fanático de los primeros frailes que se establecieron en la Nueva España [...] se deben los fatales efectos que...". En fin, de todo ello deriva la destrucción completa de la cultura, etcétera. El escocés ignora (¿realmente lo ignora?) que el primer libro que se editó en México fue un catecismo bilingüe y que muchas lenguas indígenas se conservan porque fueron convertidas en lenguas escritas

por los españoles. Su punto de vista es el de la destrucción de las Indias de fray Bartolomé. Solo destrucción y nunca construcción, hecho inherente a toda conquista que solo en el caso de la historia de España adquiere un carácter único y profundamente moral. La misma destrucción que habían llevado a cabo los ingleses en sus conquistas en América y en otros lugares. La misma destrucción que habían protagonizado los mexicas cuando se hicieron con el control de la región allá por el siglo XIV y que es constante en la historia de la humanidad y no un rasgo especial de la expansión española. Toda conquista es conquista, pero no a todas sigue un proceso activo de integración y mestizaje. Robertson parece ignorar la destrucción de su propia cultura escocesa en el proceso de las "clearances" que hizo deportar a gran parte de la población de este territorio como consecuencia de los levantamientos contra los reyes de Inglaterra.



History of America de William Robertson.

Robertson no conoce la *Historia general de las cosas de Nueva España* de Bernardino de Sahagún. Robertson no conoce la *Historia Natural y moral de las Indias* del Padre Acosta. Robertson desconoce por completo todo el caudal de publicaciones sobre la historia de México precolombina, los trabajos sobre códices aztecas, los trabajos sobre lengua nahuatl, la codificación y enseñanza de las lenguas indígenas en México, y otros virreinos. En fin, Robertson desconoce absolutamente todo lo que no sea conquista y destrucción. Pero este libro fue considerado una obra maestra de la historiografía. Fue traducido y leído durante generaciones, no solo en inglés, sino en otros países de Europa, entre ellos el nuestro, a partir de su traducción. Esta obra de Robertson, una vez conocida en España, fue la que le hizo al rey Carlos III decidir que era necesario crear alguna clase de institución que demostrara hasta qué punto era falso lo que los trabajos de Robertson afirmaban y contenían, y, por eso, nació el Archivo de Indias, una hermosura sin duda.

Lo es, pero no sirve para contrarrestar la visión que Robertson ofrece en sus páginas. El archivo no es capaz de responder a una obra que se hace con un afán político claramente interesado, a saber, proporcionar argumentos historiográficos a una visión negativa de la historia de España que es útil a los intereses de Inglaterra. Es claramente tendencioso, pero ya no puede considerarse un producto propagandístico sin más. La respuesta había que elaborarla de otra manera y no se hizo.

En este tiempo, a finales del siglo XVIII es ya una tradición, y creo que no es exagerado considerarla así, la torpeza gigantesca (y esta tradición no se ha interrumpido) con que los españoles han respondido a lo largo del tiempo, no solo a los ataques propagandísticos, cuando la propaganda era propaganda a base de panfleto, sino a la historia de España escrita por historiadores de países que han sido enemigos de España, y que escriben la historia de España adecuada a sus intereses nacionales. Robertson no es un panfletista. Está haciendo un trabajo con apariencia de historiografía seria, que es considerado durante mucho tiempo una obra maestra de la historia en lengua inglesa. Por lo tanto, hemos ido de la propaganda a una historia tendenciosa, muy parcializada, pero de gran formato, que demuestra un gigantesco desconocimiento de lo que realmente había ocurrido en América,

y a una respuesta por parte de las autoridades españolas igualmente incompetente. Insisto, el archivo es una maravilla, pero el archivo no servía para responder a Robertson.

Hubo intentos de prohibir la obra y quiero leer un documento que tiene que ver con un malagueño, y que fue otra respuesta a Robertson, otra respuesta igualmente ineficaz e igualmente torpe, la de nuestro querido José de Gálvez, que en circular del 23 de diciembre de 1778 escribe a algunas capitanías e instituciones del reino intentando evitar la difusión de la obra de Robertson, al menos en el interior de Imperio español. Tarea imposible, tarea inútil y, por supuesto, infructuosa. Tan infructuosa como lo fue el Archivo de Indias para el propósito señalado. Voy a leer un fragmento. Esto lo cuenta un oficial que recibe la circular de Gálvez:

*“El excelentísimo señor José de Gálvez, en carta del 23 de diciembre del año próximo pasado, me dice de orden de su majestad lo siguiente: el doctor Guillermo Robertson, rector de la Universidad de Edimburgo y cronista de Escocia, ha escrito y publicado en idioma inglés la historia del descubrimiento de América, y teniendo el rey justos motivos para que dicha obra no se introduzca en España ni en sus Indias, ha resuelto su majestad que con el mayor rigor y vigilancia se impida su embarco para las Américas y las Filipinas, ni en el idioma inglés ni en ningún otro al que se haya traducido, y que si hubiere algunas partidas o ejemplares de dicha obra en los puertos de uno u otros dominios o introducidos ya tierra adentro, se retengan y embarguen a disposición del ministerio de mi cargo y de su real orden. Se lo participo a vuesa merced para que tomando las providencias más estrechas y convenientes en esa jurisdicción tenga el debido cumplimiento de esta resolución.”*

El Archivo de Indias no sirvió. El decreto de Gálvez no sirvió. Es que hay que ponerse a pensar que es lo que sirve ante obras como la de Robertson o como la de Robert Watson, que fue el siguiente escocés que intervino en la colonización de la historia del Imperio español. Voy a mencionar solo unos cuantos autores. De la dispersión, quiero decir, del éxito gigantesco que estos autores tuvieron en sus países y fuera de ellos, de las traducciones que se hicieron, de su enorme difusión, pueden ustedes coleccionar hasta qué punto fue esto importante, decisivo, cuando se vuelva a hacer en España, Historia de España, que será en el siglo XIX, después de un



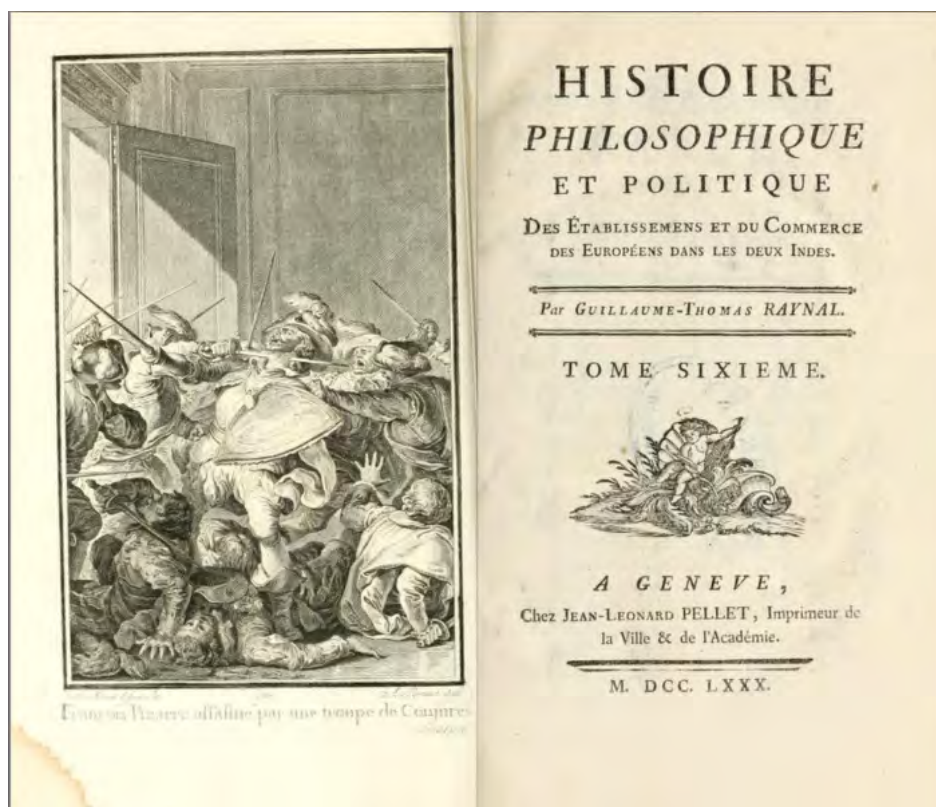
siglo sin escribir en España, Historia de España del periodo Habsburgo y casi del mismo siglo XVIII, como ahora vamos a explicar.

El siguiente personaje que traigo a colación se llama Robert Watson y es otro predicador, otro teólogo presbiteriano, otro escocés al servicio del rey Jorge III y protegido por él. Produjo una obra que fue adorada por los ingleses durante muchísimo tiempo y leída ininterrumpidamente hasta el siglo XX. Ya no sé si los niños ingleses lo siguen leyendo. Sé que todavía en el periodo previo a la Segunda Guerra Mundial era una obra como de compañía del adolescente inglés: *Historia de Felipe II de España* (History of Philip II of Spain) en dos volúmenes. John Stuart Mill se refiere a ella con enorme cariño, pues ha sido una obra clave en su proceso de formación, y la llama "my Philip the Second". Se publicó en 1777. Tuvo ocho ediciones en lengua inglesa, insisto, se publica en 1777, y tuvo 8 ediciones en lengua inglesa antes de que el siglo acabara. Se tradujo al francés, al alemán y al holandés, y fue continuada por el mismo Watson con una historia del reinado de Felipe III, que

dejó inconclusa y fue acabada por William Thomson, y vio la luz en 1783. Es una historia prácticamente con el mismo sesgo de la de Robertson. Encontramos al mismo Felipe II tenebroso y horrible encastillado en ese Escorial planeando el dominio del mundo, y con los mismos desconocimientos que había en la obra anterior que acabo de mencionar, la de Robertson, y otras muchas.

Estos libros han marcado el camino por el que ha circulado gran parte de la historiografía de los hispanistas ingleses y por tanto de la historiografía española. La pregunta es: ¿por qué los anglicistas españoles no han marcado los caminos por los que ha circulado la historia inglesa? Es una pregunta incómoda, desasosegante, pero hay que hacerla.

El siguiente enfado de Carlos III viene por la publicación de *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, esto es, *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias* (1770) de Guillaume Thomas Raynal, francés. ¿Quién era



Asesinato de Francisco Pizarro. Edición de Ginebra en 1780.

este señor? Los dos anteriores ya hemos visto que eran dos teólogos, predicadores, gentes protegidas por sus reyes y que alcanzaron una notable prosperidad y, digamos, fama académica, a partir de la escritura de estas obras. ¿Dónde están los equivalentes en España? No los tenemos.

El francés era jesuita. Hizo una pequeña fortuna vendiendo enterramientos católicos para protestantes hugonotes y familias descendientes de ellos. Esto produjo un cierto escándalo, pero no le causó grandes prejuicios. En realidad terminó frecuentando el salón de Marie-Thérèse Geoffrin, y del salón de esta señora, que fue una de las grandes damas de salón de su tiempo, acabó de director del *Mercure de France*. La *Historia filosófica y política de las dos Indias* contiene probablemente la retahíla de tópicos más actual que ustedes se puedan imaginar sobre las atrocidades de los españoles en América. Es una obra actualísima. Estamos cerca del 12 de octubre. Pues ese 12 de octubre visto como una catástrofe para la humanidad sale de Raynal y sale de otros autores de ese tiempo que ya, insisto, no son considerados propagandistas, como podía serlo Guillermo el Taciturno. Estos señores ya no son propagandistas, son autoridades académicas respetadas y veneradas en su tiempo y su contexto, traducidas y leídas en muchas lenguas y en España principalmente. No sirvió el Archivo de Indias ni sirvió la prohibición de Gálvez porque lo útil era hacer exactamente lo mismo y nunca se hizo ni se ha hecho. De la misma manera que los reyes ingleses pagaban a sus historiadores para que fuesen a incursionar en la historia de sus adversarios y escribieran esa historia a conveniencia de Inglaterra, (e igualmente en el caso de Francia) nuestro Carlos III podía haber subvencionado a los historiadores del reino para que escribieran una historia de los ingleses o de los franceses en América o una historia del reinado de Isabel I de Inglaterra, por ejemplo. Pero eso es algo que a los nuestros no se les ocurrió nunca que se podía hacer.

¿Dónde está la historiografía española del siglo XVIII? Pues en una tesitura tremendamente difícil y compleja, a pesar de la gran fundación de instituciones y centros culturales en este siglo. Porque el cambio de dinastía que se ha producido no es cualquier cambio de dinastía, sino el cambio de una dinastía por otra que ha sido la mayor enemiga de la anterior. No dejan

de reinar los Habsburgo y son sustituidos por otra dinastía cualquiera. La dinastía Habsburgo acaba y, después de una guerra –no se olviden de esto–, una guerra tremenda, paneuropea y de las más grandes que hemos tenido en el continente, viene a sustituir a esa dinastía otra que la había combatido por todos los medios a su alcance durante varios siglos. Y por irnos a lo concreto y no viajar tan lejos como a los comienzos del siglo XVI o a los tiempos de Francisco I, nos detendremos solamente en el tiempo de Luis XIV, que fue rey de Francia durante 73 años. Todas las guerras que promovió a lo largo de su reinado, fueron contra los Habsburgo. Así que era lógico que hubiera desarrollado un cierto sentimiento hispanóphobo, no por capricho, sino porque al otro lado del Pirineo habitaba el poder que él había combatido con toda su alma, porque le disputaba ese poder, esa hegemonía, que el rey francés quería para sí y para Francia. Es muy simple. Luis XIV no combatía el poder español porque fuera malo sino porque cuando mandaban los españoles no mandaba él, y para que mande otro, es mejor que mande yo. Eso si uno está en su sano juicio y es un rey. Hasta ahí creo que está todo en los terrenos de la sensatez. Quiero decir que no hay que presuponer ninguna clase de maldad extraordinaria en la dinastía nueva que reinará en Madrid, sino un hecho históricamente comprensible desde la óptica de la eterna dialéctica de Estados y ello es que los poderes que han existido a un lado y al otro del Pirineo se han combatido durante muchísimo tiempo. Y ni uno era malo ni el otro era bueno, cada uno defendía sus intereses y esto es lógico.

Cuando la nueva dinastía se muda a Madrid, se muda con ella al corazón de España una versión de la Ilustración francesa que trae consigo todos los tópicos hispanóphobos que uno se pueda imaginar. Había sido una auténtica orgía de hispanofobia la Francia que precede al cambio dinástico. La publicación de panfletos anti-españoles que se había hecho durante los 50 o 100 años previos, y antes incluso, había sido espectacular. Todos los austracistas son barridos del mapa en todos los reinos de la Península, porque en todas partes hubo austracistas y porque en todas partes hubo que desmontar esos núcleos de poder que la nueva dinastía no podía controlar y tenía que hacerlo si no quería tener rebeliones internas. Uno de los grandes damnificados, hombre muy admirado por mí, fue el Conde de Oropesa, que

ha sido uno de los mejores ministros, uno de los hombres de estado más capaces que este país ha tenido, y que fue barrido de la historia porque fue un austracista. Esto es también lógico, quiero decir que si esa guerra la hubiera ganado Carlos de Habsburgo hubiera hecho exactamente lo mismo, pero al revés. Cuando hay una guerra, dos partes se enfrentan, esto es de perogrullo, y una gana y, normalmente, acaba con el poder del enemigo. Esto también es muy lógico y fácil de comprender. Pero esto pone la historiografía española en una tesitura tremendamente difícil. ¿Qué hacemos con el periodo Habsburgo precedente? ¿Qué hacemos con los dos siglos en que esta dinastía ha gobernado, periodo que durante todo el tiempo que dura la campaña publicitaria francesa defendiendo su candidatura, se ha dicho que representa el mal gobierno por antonomasia, la oscuridad por antonomasia, que ha llevado al imperio a una situación insostenible, que el imperio se viene abajo, que es la decadencia misma, que es la oscuridad, que es el horror y que es, en fin, todo lo malo que se pueda imaginar? La figura patética y degenerada de Carlos II que hemos estudiado todos personifica esa visión francesa de la dinastía Habsburgo que los Borbones quieren descabalar del poder.

Carlos II pasa a la historia como el Hechizado por ese motivo. Pero no como el rey que cazaba lobos en sus ratos libres; no como el rey que despachaba durante horas y horas atendiendo a sus obligaciones; no como el rey que hablaba varias lenguas; no como el rey que entendía de arte como un experto; no como el rey que dejó al morir saneadas las cuentas del reino; no como el rey que tuvo de ministro al Conde de Oropesa, que fue uno de los grandes economistas de su tiempo y el creador o el artífice, con otros, de una maniobra económica verdaderamente extraordinaria de la que no me voy a ocupar, porque lo que me interesa es la historiografía. Cuando la nueva dinastía se asienta en Madrid y crea sus instituciones y promueve a sus nuevos grupos de poder, entre otras razones porque necesita eliminar los antiguos, trae con ella también un nuevo estilo intelectual con unas ideas distintas sobre España, que son las ideas francesas, no sobre el mundo en general sino sobre España en particular. Comienza aquí el trastorno bipolar que, en lo que a su historia se refiere, padece España. Y, a partir de ese momento, es

extraordinario comprobar que no se escribe historia de España del periodo Habsburgo durante más de un siglo en este país. Para cuando eso vuelve a hacerse, después de aquella reacción patriótica que fue el liberalismo y las Cortes de Cádiz, en el contexto de las guerras napoleónicas, los libros de Robertson, de Watson, de Raynal y otros se han convertido ya en los clásicos de la historiografía europea sobre España. De manera que los historiadores españoles que vuelven a ocuparse del periodo Habsburgo mucho tiempo después, vienen a encajarse en unos carriles que ya están escritos y contruidos. No se escribe en España historia de España durante el siglo XVIII, es decir, sí se escribe, pero no es del periodo Habsburgo.

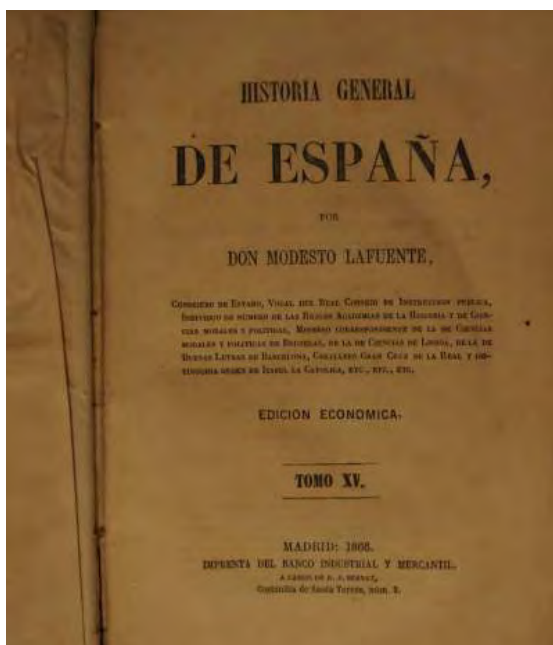
Voy a citar algunos casos para que vean ustedes hasta qué punto se produce una especie de escapismo, de migración hacia el pasado remoto en el intento de no mencionar nunca que hubo un Carlos I, que hubo un Felipe II y que hubo una historia de España anterior a la nueva dinastía. Por ejemplo, Francisco Masdeu, escribe *Una historia crítica de España y de la cultura española* en 20 volúmenes, pero se acaba en el siglo XI. Gregorio Mayans y Siscar se va a la literatura porque es un territorio más neutral y menos comprometido o menos sujeto a peligros. Para él, el periodo bueno que hay que reivindicar es la época de Nebrija, de Arias Montano, que es el momento renacentista anterior al horrible, al estéticamente horrible, periodo barroco, que él condena absolutamente. Todo el barroco español es sometido a la más profunda condenación estética para empezar.

Hay muchísimos. En fin, Francisco Cerdá y Rico, *Memorias históricas de los reyes Alfonso el Sabio y Alfonso el Noble de Castilla* y una reedición de las *Crónicas de Alfonso Onceno*. El ministro Campomanes deja unas *Disertaciones históricas del orden y caballería de los templarios y Cronología y discurso de los reyes Godos*. La manía de aprenderse de memoria la lista de los reyes godos procede de este tiempo.

Más. El malagueño Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, también de la Real Academia de la Historia, es comisionado por los reyes para hacer una serie de viajes arqueológicos o de recogida de antigüedades y colección de documentos de la historia de España hasta 1516. ¿Y por qué ese año milagroso? ¿Por qué hasta 1516? Porque al año siguiente llega el primer Habsburgo a España.



O sea, que durante más de un siglo en España no se escribe historia de España del periodo precedente, de la época Habsburgo, y por mucho Archivo de Indias que se funde, y por mucho José de Gálvez que intente evitar que estas obras se difundan, va a ser muy difícil, si no se escribe en un país la historia de ese país, que no venga otro a escribirla, y una vez que este hecho se ha producido, las inercias mentales que esto deja son tremendamente difíciles de corregir y no las hemos corregido.



Historia General de España, Modesto Lafuente.

Cuando Modesto Lafuente, heroicamente, hay que reconocerlo a su favor, se pone a escribir una historia general de España, llevábamos desde el Padre Mariana en 1600 sin que nadie acometiese una obra semejante. Lafuente escribe en la segunda mitad del siglo XIX. Su *Historia general de España* se empieza a publicar en 1859. Y asusta pensar cuántas décadas han pasado sin que una obra de esta naturaleza se acometa en España. Alrededor de dos siglos. Cuando Modesto Lafuente vuelve a escribir, ¿a dónde va a buscar bibliografía para llevar a cabo su trabajo? A lo que hay, a Robertson, a Watson. Y a los grandes historiadores europeos del siglo XVIII, que es donde está escrita la historia de España que en España no se ha escrito.

El problema ha dejado inercias gravísimas y poco investigadas. Para empezar el predominio absoluto de los hispanistas

foráneos en detrimento de los historiadores españoles. No es un asunto agradable de tratar, pero si no se pinchan los granos, los granos se hacen más grandes y se pudren todavía más. En este siglo XVIII, como he intentado explicarles a ustedes, nacen determinados problemas que la historia de España tiene todavía. Aquí están las razones por las cuales durante generaciones en nuestros libros de texto se ha estudiado una historia de España que es prácticamente la que se estudiaba en los libros de texto ingleses. Una cosa realmente chocante si alguien se entretenía en mirar despacio. Es extraordinario que esto no haya llamado la atención de una legión de intelectuales, interesados en saber a qué se debe que tengamos en todos nuestros libros de texto desde que existen, y aun antes, cuando se llamaban catones y enciclopedias, a la llamada Invencible apareciendo una generación detrás de otra con independencia de cuál sea el régimen político que en el país haya, sin que jamás se explique en esos libros que esa guerra, finalmente, se ganó, porque acabó con un tratado que beneficiaba a España. Se estudia tal y como se estudia en los libros de texto ingleses. Y lo chocante es que nadie se haga la pregunta de por qué estudiamos nosotros la historia de España al modo anglicano o al modo galo. Esto tiene unos motivos. Yo he intentado explicarles algunos. Hay muchas cosas más que investigar. Es necesario saberlas, no para buscar culpables ni para condenar a nadie, sino porque hay ciertos problemas que si no se comprenden no se pueden arreglar. Nosotros hemos estudiado durante demasiado tiempo la peor versión posible de la historia española. No es que todo sea falso, es que solo enseña una parte de la verdad, la más negativa y la peor. En general, es una versión enormemente sesgada, sobre todo está llena de incongruencias que saltan a la vista. Por ejemplo: ¿cómo se explica que el horrible periodo Habsburgo sea el Siglo de Oro? No tiene sentido. ¿Por qué en nuestros libros de texto no está la Batalla de Cartagena de Indias, por ejemplo, y sí está la Invencible? Y no nos ha extrañado esto a lo largo de ¿cuánto tiempo? ¿50 años? ¿100 años? ¿150 años o más? Estas cosas hay que explicárselas, y, sobre todo, hay que preguntárselas. No para buscar culpables, insisto, sino para entender algunos problemas que hemos heredado y que creo que estaría bien que no les dejáramos en herencia a las siguientes generaciones.

Muchas gracias.